

Cultura a la contra

De bares y cafés

En la noche asesinada de un Madrid que nos quieren hacer terrorífico y plagado de zombies, brillan algunas luces: las de los bares que nos acogen hasta la madrugada, y las de los escasísimos cafés donde podemos charlar. Yo ya sé que charlar es cosa antigua, pasada y vulgar, pero me sigue gustando; me gusta mucho más que meterme en una discoteca llena de luces y de malos sonidos, para intoxicarme con los peores alcoholes del mundo, con ginebras incendiarias y roncs de garrafa marcada con la calavera y las tibias del veneno bueno o malo. O que adorar un tocadiscos malo, rodeado de imbéciles que se pasan escasísimos porros sin decir nada.

Hay muchos bares, en este Madrid antiguo/moderno que va de Alonso Martínez a San Bernardo (glorieta). Uno de ellos es el ínclito Pláxico de estirpe fecunda, todo lleno de niños vestidos de cuero y encajes, de niños de lata colada y de diversas marcas de lejía que llaman absenta. Y más allá el punkero Pentagrama, cerca ya del comercial y de las ruinas del que un día fuera Drugstore de Fuencarral, refugio ya perdido para siempre de vagos y maleantes —o sea, de todos los que salimos de noche— que yo frecuentaba. Pero esto no debe ser una guía de calles y bares, que para eso ya está la del ocio. Debe (y puede) ser un espacio acotado, en el que pueda hablar de lo que no puedo hacer: o sea, charlar en cafés acogedores hasta que la madrugada se anuncia.

Me refería a los bares antes citados —y alguno más que no olvido, pero que tampoco pongo— porque son las últimas cuevas de resistentes en esta ciudad cribada de controles policíacos, violadores de carnet de identidad. Resisten al tedio de la televisión, al muermo del rosario en familia, al aburrimiento de los programas de radio para camioneros y taxistas —y no es que tenga nada contra estas profesiones; simplemente creo que los pobrecitos lo pasarían mejor si en la radio no les dedicasen programas tan horribles—, y al horror de las noches insomnes en la cama sin compañía. A los bares se va a ligar, maravilloso deporte, a escuchar música y a beber sueños en conserva. Y, a veces, se charla. Y, a veces, se divierte uno. Pocas veces, claro, porque divertirse es cada vez más difícil.

Antes, para los raros a quienes nos gustaba charlar, había cafés; cafés sin música, con cómodos sillones o sofás y camareros activos y silenciosos, que a veces te prestaban incluso un duro —oh, tiempos pretéritos— para el Metro. Allí, el madrileño antiguo, que era una mezcla de Ramón (Gómez de la Serna) y de Ramoncín (el punk retrechero), podía charlar y tomarse un antojo, o una palomilla, o lo que se terciase —yo no he vivido el tiempo del café con media—, con sus amigos. El café era una mezcla de oficina y de barbería, un lugar de juego y de conversación; algo parecido a lo que debía ser el ágora de Atenas, donde aquellos chiflados envueltos en sábanas hablaban de filosofía como quien habla de frutas y verduras en el mercado. Pero ni con el ágora ni el café existen ya; sólo quedan bares de metal cromado, con música "pop" y regüeldos de líquidos rojizos.

Hay, eso sí, tertulias. Una, de escritores insígnis y algo mayores, en el bar La Hemeroteca; otra en Kühper, compuesta por dos o tres personas; otra en La Aurora, donde oficia García Calvo, menos maestro que nunca. Y otra, menos conocida y maravillosa, en la librería El Pub, cuyos geniales dueños han tenido la idea de reunir, en el mismo local, librería y bar, haciendo verdad tangible y agradable las charlas de trastienda y rebótica que tanto gustaban a nuestros abuelos. Y así, entre tertulia y bar, la noche asesinada no lo es ya tanto. ■ EDUARDO HARO IBARS.

sijos de la esencia popular es perfectamente válido. No podía, por tanto, haber encontrado un mejor marco que El Gayo Vallecano, que tan necesitado está de una profunda remodelación teatral que propicie sus dificultosos fines. ■ MIGUEL A. MEDINA.

"Un día es un día"

Basada en una obra de Jairo Anibal Niño, Jorge Díaz es representado en el Centro Cultural de la Villa de Madrid por el Grupo Teatro de Ensayo de Madrid. "Un día es un día" es un juego dramático que responde perfectamente al cuño del autor chileno-español. Y es un juego porque J. Díaz gusta de jugar con el fenómeno teatral. A pesar de su decantación estética (de ser el primer dramaturgo hispanoamericano representante del Absurdo, a sus nuevos planteamientos más naturalistas, des-

muerte física y presas eternas del terror ciego; radiografías de hombres situados en la España de la posguerra (terrible tema para quienes no deseen caer en el dogma de haberse paralizado en el tiempo). Tres personajes caóticos que se remueven como topos heridos, ciegos, sin más meta que el paso de las horas en el mundo de los vivos.

Pese al persistente empeño de colocar el aspecto psicológico en un primerísimo primer plano, obviando las motivaciones reales y dejándolas como discreto telón de fondo, el tiempo y el espacio son demasiado patentes y se resisten a ser meros sujetos pacientes. La miseria moral de un estraperlista; el desconcierto ideológico de un patriota alistado en la División Azul y que se hace pasar por un héroe de guerra; la locura de un hombre que perdió a su esposa en la contienda civil y que por veces se siente coronel con mando y plaza en la cueva



"Un día es un día", por el grupo Teatro Ensayo de Madrid, en el Centro Cultural de la Villa.

vinculados de todo símbolo), J. Díaz conserva en toda su amplia dramática el gusto por manipular a sus personajes bajo la visión de una nueva y particular tragedia. El destino —siempre fruto de un todo social— como elemento definitivo en la vida de unos diminutos seres, partes degajadas de esa penosa mayoría que no cuenta.

Pero en este caso, el autor ha querido ir más allá de las puras implicaciones sociales, adentrándose —no sin poner sumo cuidado en ello— en determinantes políticas. Los tres únicos personajes de su texto pertenecen al lumpen, siempre al borde de la

donde se desarrolla la acción, no son más que pedazos de una España torturada, fruto no de meras psicologías, sino de posturas políticas.

Jorge Díaz quiere demostrar, por encima de todo, que el fenómeno político, pese a su aparente peso específico, apenas importa. La miseria humana, el grotesco sobrevivir de los desesperados, será siempre un hecho sangrante, y ni vencedores ni vencidos, sean del lado que fueren, podrán remediar un cáncer incurable en la especie humana.

Este propósito, no obstante, no pasa de ser un mero subjetivismo, respetable pero evidente-

mente muy poco científico. Bastaría para rebatirlo el simple repaso de la Historia; cuesta muy poco imaginar situaciones diferentes en contextos políticos distintos. Y es que penetrar en un tema tan delicado pretendiendo salvar apriorísticamente el compromiso personal es un riesgo que en muy pocas ocasiones puede salvarse favorablemente. Mostrar, como hace Jorge Díaz, que los propios vencedores son también los vencidos en una barbarie nacional, no es otra cosa que negar la profundización sobre la circunstancia que motivó la guerra española.

El Grupo Teatro de Ensayo de Madrid, dirigido por Rafael Herrero, muestra un planteamiento escénico sobrio, realista, basado en la interpretación, y este clima de miseria, terror y muerte, que alcanza su más alto nivel con la ejecución de uno de los personajes, es ofrecido con toda honestidad y buen juicio. Los medios son utilizados coherentemente y el ritmo escénico es acertado, sin que la incorporación de los tres personajes produzca desgarrar alguno en el empeño. ■ M. A. N.

MUSICA

Guadalquivir, Topo: Rock de río y cloaca

El panorama rockero español se ha visto, en los últimos tiempos, incrementado con la aparición, o consolidación, de algunos elementos. Los festivales, por otra parte, se suceden con cierta frecuencia y parece que, al fin, los músicos jóvenes practicantes del estilo comienzan a salir de las cloacas y a abandonar el ghetto marginal o en otro tiempo underground para conectar más sabiamente con unos porcentajes de audiencia considerablemente amplios.

Uno de los conjuntos que aparece en franco ascenso es Guadalquivir, con un disco reciente bajo el brazo (Emi Odeón) y una presentación en Madrid con ciertos caracteres de sensación. Es un grupo que bebe en las fuentes de un "jazz-rock" a la andaluza, para entendernos, pero que, en



Guadalquivir.

realidad, construye un entramado sonoro básico sobre el que las guitarras solistas, frecuentemente distorsionadas, bucean sus posibilidades de variación e improvisación. Fórmula, desde luego, común a la de tantas y tantas experiencias, pero que, en este caso, añade el atractivo de conseguir una cierta pintura impresionista de influencias arábigo-andaluzas, que le hace plenamente distintivo. Abandonando las servidumbres del anglosajonismo musical en lo que más tienen de mimesis, Guadalquivir ofrece un sonido peculiar y próximo a sensibilidades cercanas, en lo que es de agradecer. Más fuertes que Triana, mucho más rockeros que Imán —el otro gran conjunto andaluz de la hora presente—, quizá sin la clase y la depuración de ambos conjuntos, en Guadalquivir puede existir una baza a jugar por nuestra música, si los personalismos o diferencias de criterio no hacen peligrar la idea central del colectivo.

Otro de los ejemplos de actividad del que es conveniente hablar lleva por nombre Topo. Cuarteto madrileño, vallecano para más señas, que en el reciente segundo "día de la descarga" fueron, seguramente, lo más original y creativo del concierto. Topo remite, ya desde su denominación, al carácter zapador y roedor de su música, al sentimiento suburbano que anida en su existencia, a la particular visión que obliga el nacer y vivir en una civilización simbolizada de alguna forma por el Metro como medio de transporte y la polución como germen ambiental. La agresividad que tales factores engendran las elimina Topo a base de voltios, y aunque su equipo de amplificación no sea aún todo lo perfecto y claro que sería de desear, un cierto ambiente de sudeidad coherente

surge de todo ello. Además, este es un grupo que elabora textos en castellano, entendibles, por tanto, en la Villa, Corte y alrededores, siempre que los ya citados decibelios lo permitan. Finalmente, existe una notable poética de la rebelión en este conjunto, una indudable politización tanto más insólita cuando se trata de un sintoma que hoy día no es muy apreciado por el personal. Sus textos se refieren, una vez más, a las desgracias de la vida en la gran urbe, colosalista y castrante; a las perspectivas de un futuro no muy halagüeño ("Vivir en Vallecas es todo un problema en 1996. / Sobrevivimos a base de drogas que nos da el Ministerio del Bienestar"); a las sensaciones, recuerdos y condicionantes psicológicos procedentes del colegio, de la infancia y de la civilización de la TV; en fin, a la presencia continua y sentida de "Abélica" y su organización económica en todos nuestros actos e incluso pensamientos. Si su primer disco de larga duración (editado por Chapa para la Cía. Fonográfica Española) no logra la compacidad y atractivo de su presencia en directo, no por ello pierde su valor fotográfico y testimonial de nuestra época. ■ ALVARO FEITO.

ARTE

A María Jesús Leza ya la conozco desde hace tiempo. No mucho tiempo, porque María Jesús es una donostiarra joven que habita en Madrid. Serena y tranquila, ella nos ofrece con mesurada intermitencia una de sus exposiciones, en las que nunca pierde la cabeza con genialidades, y en las que siempre parece

querer ofrecernos el testimonio de que ella está ahí, que continúa siendo pintora —y creo que buena pintora—, y como testimonio de ello, ahí están las pruebas de sus exposiciones. Uno está bien con esos artistas que, cuando te invitan a sus exposiciones, no te invitan para demostrarte por dónde va su genialidad, sino para que veas de qué manera se ajustan ellos también a las exigencias mínimas de la pintura. Si la misión de uno fuera la de aprobar o rechazar profesionalidades, yo pondría en lo que respecta a María Jesús: "Leza, María Jesús. Sí, está bien. Pintora; buena pintora a pesar de su modestia. Modestia voluntaria".

María Jesús Leza: "Acuarelas y aguadas". Madrid.

"Acuarelas y aguadas" (1) advierte el catálogo, y hace bien, pues María Jesús es también una realizadora de buenos óleos, que aquí en esta exposición no aparecen para nada. Acuarelas y aguadas, referidas, por lo que recuerdo ahora, a paisajes urbanos, preferentemente de Madrid, y algo también de Cuenca. Se ve que son las ciudades que ellos —María Jesús y Ricardo, su marido— han transitado más... Más aún, Madrid, naturalmente. Es, pues, el de María Jesús un paisaje "de cercanías", como le llamaba el buen Pancho Cossío, con su mijita de inocente mala intención a la "escuela de Madrid"... "Sí: escuela de cercanías".

Pero sí, como advierte el catálogo, se trata de acuarelas y aguadas. En lo que se refiere a la acuarela, no son realizaciones estrictamente supeditadas a lo que los cánones académicos prescriben que debe ser ese procedimiento. Y está bien, porque un procedimiento no debe marcar en ningún caso la fidelidad a un arte. Se trata más bien de dibujos a línea, con tinta, que usan, cuando lo necesita, el color de la acuarela. Con lo cual hay una identidad, en lo que a procedimiento se refiere, con las aguadas, lo que redundará en beneficio de la unidad estilística de toda la exposición.

Pero hay que felicitar, por lo menos por esta vez, de que María

(1) Galería CID. Madrid.